

Capítulo I

Pronto amanecería. Conrado Morell Hierro afilaba con esmerada lentitud la navaja de afeitar sobre la correa de material. La cara, enjabonada, esperaba el afilado acero. Sobre el brocal del pozo, apoyado en el arco de hierro que sostiene la carrucha, un pequeño y viejo espejo serviría de guía para el pulcro afeitado mañanero. Las circunstancias le obligaron a celebrar la ceremonia del aseo diario, fuera, en el patio.

El verano tocaba a su fin, pero las elevadas temperaturas, aún presentes, dejaban constancia de su contundencia. El sofocante calor aceleraba el ansia de la llegada del mes de septiembre, por lo general más fresco y lluvioso. Pero también pondría fin a los paseos vespertinos que tanto agradaban a Conrado Morell.

Aseado y vestido, abandonó el patio-corrал internándose hasta la habitación donde hacía la vida evitando el menor ruido. Fue hasta el aparador, en uno de los rincones, y depositó los útiles de aseo en la repisa, sobre la jofaina. Por el desconchado espejo vio a Calixto Sánchez profundamente dormido. A los pies de la cama, la chaqueta polvorienta y maltrecha denotaba un excesivo uso ajeno de cuidados. Conrado la registró con manos temblorosas. No había cartas ni documentos. Nada. Sólo un paquete de cigarrillos americano que le despertó las ganas de fumar. Hacía tiempo que no saboreaba uno de aquellos. Tomó dos, volvió a guardar el paquete en la chaqueta y salió a pasear.

La plaza era encantadora. Dos iglesias, la Colegiata Mayor de la ciudad y la Sacra Capilla, y tres palacios competían en belleza. Situada en el corazón del antiguo barrio de Santa María, se extendía al este por una pequeña arboleda que moría en un amplio mirador, a la izquierda del cual se encontraba la antigua puerta mudéjar y a su derecha se prolongaba el lienzo de muralla que otrora abrazara la ciudad.

La panorámica desde ese balcón natural no podía ser más bella. Un mar de olivos andaluces se extendía a sus pies para jugar en la lejanía con un hilo de plata. El río, aún prematuro, iniciaba su larga andadura de vida y muerte. La sierra, recortada en toda su magnitud en el horizonte, acompañará al joven caudal hasta el inicio de su madurez. Conrado Morell Hierro alzó la vista; más aún, al infinito. Las golondrinas silbantes bordaban el aire fresco de la mañana. Nunca se cansaba de mirar aquel espectáculo. Siempre descubría un color, un matiz, un tono nuevo.

Encendió uno de los cigarrillos americanos llenando profundamente sus pulmones de humo. Miró al horizonte. El sol, ensangrentado, despuntaba detrás de los peñascos rocosos. Absorto en aquel espectáculo, el ruido de unos pasos le devolvió a la realidad. Expulsó con fuerza el humo por la nariz y giró la cabeza. Una pareja de la Guardia Civil se aproximó hasta situarse a su lado.

— ¡Buenos días! — dijeron al unísono los dos uniformados.

— ¡Buenos días, caballeros! ¡Disfrutemos de esta vista mientras nos sea posible! — respondió Conrado Morell, sonriente.

— Siempre viene usted aquí...

— Tiene usted razón — interrumpió Morell, volviendo la mirada a la sierra —. Cada vez que puedo, me escapo para deleitarme con este paisaje. Es impresionante...

El relinchar de un caballo interrumpió el monólogo. Un sargento y seis civiles montados atravesaban la puerta mudéjar al paso. La pareja se apresuró a su encuentro, momento que Morell aprovechó para apagar la colilla con el pie derecho hasta dejarla irreconocible.

Queriendo pasar desapercibido, emprendió el camino de vuelta. Un camión del Ejército se detuvo unos metros más adelante, junto al Hospital de los Honrados Viejos de El Salvador de El Mundo, dejando tras de sí una nube negra de humo. Miró de reojo y sólo pudo leer «Regulares». La situación debía ser peor de lo que imaginaba, porque a los refuerzos de la Guardia Civil se había unido el Ejército.

El sonido de los cascos de los caballos era cada vez más cercano. Un equino marrón, sudoroso y cansado, que poseía un elegante paso, se alineó con él. Tan próximo, que Conrado Morell podía oír la respiración del animal. El sargento que lo montaba le miró con atención, sin disimulo. Morell se llevó la mano derecha al sombrero y se descubrió parcialmente, a modo de saludo. El guardia civil montado se lo devolvió con un frío y seco gesto de cabeza.

En la plaza, el cura párroco abandonaba la Colegiata camino de la Rectoral. Sobre ella, en letras negras, se leía: «Casa Rectoral. Año 1779».

Capítulo II

La tarde era calurosa y el sesteo llegaba a su fin. Las voces de unos niños jugando en la plaza, junto al templete de música, evitaban la sensación de una ciudad desierta. Al sur, a la derecha, se abría una amplia calle que recordaba tiempos mejores. Un poco más adelante, tras unas cortinas de esparto, se encontraba el bar Aret Hispania. Detrás del mostrador, de vieja madera y en forma de ele, Tomás Reballa, propietario del local, sacaba lustre a los vasos con un trapo blanco que le colgaba del hombro. Alto, aunque encorvado, de espalda ancha y brazos fuertes, aún demostraba su poderío físico de antaño. El cabello, muy corto y completamente blanco, le daba un aspecto indefinido a su edad. Tras él, la radio emitía una canción de Estrellita Castro. Las repisas, que contenían licores de escasa variedad, arropaban un crucifijo escoltado por las fotografías de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera.

Los dos ventiladores de tres aspas que pendían del techo removían el aire con monótona lentitud. «No sirven para mucho», pensó Tomás Reballa, «pero al menos mantienen las moscas alejadas».

El gemido pendular del reloj, en la pared opuesta al crucifijo, rivalizaba con el lento y ruidoso girar de los ventiladores. Una vez que las manecillas horarias clavarón las siete en punto de la tarde, la música que anunciaba el noticiario radiofónico dio paso a una voz grave, seria y entonada.

Tomás Reballa levantó uno de los extremos del mostrador y se dirigió al fondo del salón, tras la estufa de leña, donde apilaba las mesas y sillas que más tarde pondría en la calle. María, su mujer, tronó desde la cocina. Tomás dejó las dos sillas que llevaba en el suelo y fue hasta la puerta del Aret Hispania. Mientras recogía en dos haces la cortina de esparto, María le preparó la escoba y el recogedor pasado de época. Para cuando terminara de barrer, tendría a punto un cubo con agua para regar la acera limpia.

La voz del locutor se abrió paso en el aire con profunda nitidez:

«El jefe del Estado, Caudillo de España y Generalísimo de los tres Ejércitos, Francisco Franco Bahamonde, prosigue su estancia en alta mar practicando uno de sus deportes favoritos, la pesca de altura. Veintisiete de agosto de 1950. Décimo primer año de la Victoria».